

Problemas de la ética del psicoanalista

Paciente y analista en «mundos» no compartidos



ANA MARÍA CHABALGOITY¹

Con este subtítulo pretendo aludir, por su opuesto, al nombre dado por Janine Puget y Leonardo Wender (1982: 504-535) a su trabajo «Analista y paciente en mundos superpuestos».

En dicho artículo trabajan las dificultades que se plantean para mantener la escucha y el posicionamiento analítico cuando analista y paciente comparten las pertenencias, y por ende las problemáticas, de las instituciones psicoanalíticas de referencia.

A punto de partida de estas especificidades, extienden el concepto de «mundos superpuestos» a esa zona de la realidad externa compartida que ingresa en el campo analítico a través del discurso del paciente (Puget y Wender, 1982: 505, 506, 511, 516, 520).²

En esta oportunidad pretendo referirme a las dificultades que se le presentan al analista cuando los pacientes se refieren a diversas conflictivas que son efecto de su sujeción a mundos y códigos que no solo le resultan ajenos y desconocidos en cuanto a sus funcionamientos y normas, sino que además entran en franca contradicción con sus propios valores e ideales.

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. amchabal@adinet.com.uy

2 «... Este material del mundo común... si bien vehiculiza el emergente del conflicto transferencial, poseería una actividad selectivamente activadora: promueve en el analista una tendencia especial a participar, a compartir... Esto activa en él dos perturbaciones fundamentales que luego revertirán sobre el proceso analítico: un efecto traumático de mayor o menor grado y un trastorno narcisista...»

Situaciones clínicas que interpelan, a su vez, la dimensión ética de nuestra praxis.

A modo de ejemplo, pensemos en la intensidad de las vivencias que solemos «experimentar» en el lugar de analistas (y de un modo no siempre consciente o al menos no siempre «confesable») frente a presentaciones o narrativas de diversos pacientes que hacen referencias a modalidades de acceso al placer que no son necesariamente auto- o heterodestructivas, pero que nos resultan demasiado «lejanas», «extrañas», «raras» por desconocimiento de ellas o simplemente porque «caen» dentro de nuestras propias censuras; o cuando describen prácticas y modos de intercambios sexuales que jaquean nuestras concepciones y prejuicios; o cuando dan cuenta de formas y elecciones de vida que no son las tradicionalmente aprehendidas y por tanto las aceptadas, en apariencia, por la amplia mayoría del microcosmos que cada uno habita.

Es en esta perspectiva que me pregunto si lo que acá nomino «mundos» *no compartidos* puede considerarse, al igual que el concepto de «mundos superpuestos», «un momento de eclipse analítico» (Puget y Wender, 1982: 520).

Pienso que estos relatos y presentaciones tienden a producir también una reacción traumática en el analista cuyo efecto se traduce en ambas situaciones en una tendencia a «salirse de la transferencia» (Puget y Wender, 1982: 508, 509, 511).

En el contexto de esta pérdida transitoria del posicionamiento analítico se efectúan intervenciones que pretenden, en forma consciente o inconsciente, eludir la afectación experimentada. Se «inundan» su mente y el escenario analítico con una serie de teorías y sobreinterpretaciones (seudointerpretaciones) que obturan la posibilidad de un pensar autorreflexivo, o emerge una actitud de huida defensiva mediante un silencio que no siempre es sinónimo de abstinencia, o activándose una suerte de curiosidad que se transmuta en preguntas y señalamientos que no provienen de la atención flotante... Y finalmente muchas veces la información recabada en la intimidad de las sesiones tiende a ser transmitida a otras personas (colegas o no) con un interés que deja a un costado el deseo de analizar.

En este sentido Puget y Wender señalan que «... la epistemofilia [del analista] cede paso a la escotofilia...» (1982: 507) abandonando (transitoriamente) la función analítica.

Considero que esta perturbación que piensan para los efectos procedentes del material de los «mundos superpuestos» es perfectamente aplicable al de los «mundos» *no compartidos*.

En ambas situaciones el analista ha quedado sorprendentemente fragilizado en su escucha dada la intensidad de las reacciones emotivas y sensoriales que el discurso de su paciente ha convocado en él. Frente al desdibujamiento de su función analítica se pondrán en juego sus posibilidades y recursos internos para, mediante un intenso trabajo con su contratransferencia, lograr recuperar su capacidad de pensar. Necesario e imprescindible trabajo con la contratransferencia que, si bien desde mi punto de vista es uno de los pilares del método analítico en general, cobra especial relevancia en el contexto de las problemáticas clínicas que hoy nos ocupan.

Esta perturbación narcisista-sexual suele traducirse por un sentimiento consciente de incomodidad, de inquietud o extrañeza, junto con la tendencia a desconocer conscientemente la profunda perturbación que el discurso de su paciente le ha generado. El analista ha quedado así más expuesto a sus contraactuaciones. Estas suelen «enmascarse» y entretenerse tanto en el contenido de sus interpretaciones como en la tonalidad afectiva que las acompaña y encarna.

Incursionando en estas problemáticas que son consustanciales con la ética y el psicoanálisis, y que a su vez el tema del próximo congreso sobre «Sexualidad» convoca, quisiera compartir aquí una fructífera experiencia en mi camino de formación analítica.



Hace muchos años, siendo integrante de un grupo coordinado por Tomás Bedó, lo escuché presentar una situación clínica que evoco de esta manera: su paciente, un adulto mayor, traía la reiteración de situaciones de «manoseos sexuales» a los niños que tenía a su cargo en la tarea que ejercía. El analista, luego de haber trabajado mediante su interpretación estas conductas, sin obtener resultados en cuanto a su suspensión, resolvió comunicarle que si no abandonaba inmediatamente su trabajo con niños no podía seguir analizándose con él.

En el hoy, y desde este a posteriori, considero que el analista estableció firmemente un límite que intentó instalar, aunque fuera ortopédicamente, una norma que ligara al orden simbólico allí donde los pasajes al acto daban cuenta de un desanudamiento de los diferentes registros y donde lo imaginario quedaba «aplastado» por un real que no daba lugar a ningún trabajo de metaforización.



Pero volvamos a *mi reconstrucción mnémica y por ende a mi libre interpretación de aquellos sucesos y de las palabras que «hago decir» en esta oportunidad a Bedó.*

En aquella época, y a propósito del estudio de la obra de Kohut, pienso que pretendía acercarnos a las complejidades de la sexualidad y del narcisismo, así como a los dilemas éticos implícitos en la práctica analítica.

En el ejemplo clínico citado, si bien su paciente presentaba una estructura predominantemente neurótica y la angustia parecía haber estado presente como motor que había desencadenado y sostenido la consulta, él se mostraba escéptico en cuanto a los devenires de ese trabajo de análisis.

A pesar de que en esas circunstancias la repuesta del paciente fue suspender su trabajo con niños y continuar su análisis, Bedó se interrogaba firmemente acerca de las posibilidades de analizabilidad de las perversiones y del desafío ético que se le planteaba al analista cuando compartía con su escucha este tipo de relatos en la intimidad de las sesiones. Y en ese contexto reafirmó su convicción de que la cultura sentaba sus bases sobre la radical *prohibición de tomar el cuerpo del niño como objeto de goce.*

Y ya en aquel momento escuché su afirmación³ de que el punto de inflexión que define *lo perverso*, tanto en las manifestaciones de crueldad como en la sexualidad, debía pensarse en torno al *acto de querer apropiarse y po-*

3 Posteriormente compartida y trabajada en profundidad por otros pensadores psicoanalíticos como Silvia Bleichmar.

seer el cuerpo del otro-sujeto considerándolo un objeto (Bleichmar, 2003);⁴ esto es, cosificándolo y privándolo, de ese modo, de su derecho inapelable e indiscutible, desde el punto de vista ético, a decidir, elegir. *Lo perverso NO se vincula con el tipo o los modos de prácticas sexuales ejercidas y elegidas entre sujetos adultos* (2003).⁵

Coincido en su posición y agregaría desde este a posteriori... lo perverso no reside en las modalidades de relaciones sexuales *siempre y cuando estas se practiquen en el contexto de una relación de simetría en la cual existan derechos y obligaciones recíprocas*, preservándose, de este modo, la humanidad de cada uno de los integrantes. La perversión radica entonces en estas prácticas desubjetivantes en las que el prójimo-semejante es desprovisto de su calidad de tal.

Han pasado ya varias décadas desde cuando, dando mis primeros pasos como terapeuta, hizo marca en mí este posicionamiento ético transmitido mediante la actitud y las palabras por quien fuera un maestro y pionero del psicoanálisis en nuestro país.

¿Por qué traerlo al hoy? Es que a propósito de ciertas consultas me he encontrado en los últimos años interrogándome, en forma reiterada, sobre la dimensión ética de la práctica analítica.

Pregunta compleja de responder,⁶ ya que nuestro trabajo con lo inconsciente y sus formaciones podría dar lugar a la creencia ilusoria de que en

4 Es fundamental, «... que el adulto no se apropie del cuerpo del niño sino que esté al servicio de la resolución de las necesidades... y que pueda tener en cuenta que ese cuerpo está sostenido por un sujeto... sin tomarlo como objeto de goce propio...». Entrevista en diario *El Clarín*, periodista Analia Roffo (aroffo@clarin.com).

5 «... Goce es toda forma de ejercicio del placer que esté despojado de la comprensión de la subjetividad que implica el otro... Una de las cosas que me ha llevado a redefinir la perversión ha sido la instrumentación del cuerpo del otro como un lugar de goce despojado de subjetividad. *Cuando se emplea el cuerpo del otro como si estuviera vaciado, como si fuera un objeto, hay perversión. Bajo la forma que se ejerza*. Aun bajo la forma de una relación sexual tradicional...» [Destacado en cursiva me corresponde.] Del polimorfismo perverso al sujeto de la ética. *Actualidad Psicológica*, 30 (335); pp. 30-32.

6 A pesar de la variada bibliografía psicoanalítica que existe sobre este tópico, me he encontrado con que en casi todos los trabajos consultados se subraya el obstáculo implícito a la temática misma. Por lo que la mayoría de los autores prefieren hablar de dilemas, desafíos o problemas de la ética y el psicoanálisis para destacar esta dificultad.

nuestro oficio podemos prescindir de una ética consciente argumentando, por ejemplo, que esta no tendría puntos de contacto con nuestro objeto de estudio. Dice Freud: «“Sagrado” es lo que estriba en que los seres humanos, en aras de la comunidad más vasta, han sacrificado un fragmento de su libertad sexual y su libertad para incurrir en perversión... la cultura consiste en esa renuncia progresiva»(1897).

Pero ¿cómo no ser moralistas y a la vez no ser aliados de prácticas de desubjetivación?⁷

¿Cómo posicionarnos en nuestra escucha y en nuestras intervenciones para evitar quedar «atrapados» en un lugar que pueda encubrir nuestros propios deseos de «adoctrinamiento» de nuestros pacientes? O sea, de convertirnos enmascaradamente en «domesticadores de almas».

Problematizando aún más el ejercicio de nuestro oficio, considero que como analistas nos encontramos interpelados también en otras aristas:

1. por un lado, muchos de nosotros somos «hijos de la modernidad» y trabajamos con sujetos-pacientes moldeados por los valores e ideales de la posmodernidad, o bien con sujetos-pacientes que, al igual que nosotros, «deben» adaptarse a estos cambios epocales.
2. por otro lado, nos vemos cuestionados en nuestros «saberes» dadas las especificidades que adquieren las conflictivas resultantes de estas nuevas formas de convivencia, de normativas sociales y laborales, de legalización y aceptación? de diversos modos de intercambios sexuales y vinculares.

Especificidades que, pienso, no pueden homologarse con las conflictivas resultantes de la sujeción de los individuos al universo simbólico de la modernidad. Diferencias y particularidades que aún no podemos más que balbucear o que recién podemos comenzar a teorizar.

A su vez, cada época histórica posee sus propias concepciones del hombre, de la vida, de la sociedad, e instituye y es instituida por un conjunto de

7 Homologo aquí prácticas perversas con aquellas prácticas cuyos objetivos son la desubjetivación de las personas.

códigos morales que establecen normas y prohibiciones que son variables y modificables a lo largo de los tiempos y de los espacios geográficos.

Pero a su vez estas normas morales están comprendidas en una ética que tiende a ser universal⁸ como forma de preservar la cultura. En este sentido, al decir de Umberto Eco, «cuando los demás entran en escena, nace la ética» (Eco y Martini, 1998).

Ser sujeto, entonces, en un determinado orden cultural, implicará para cada individuo un particular posicionamiento con relación a lo que «desde el afuera» queda valorizado o desvalorizado, permitido o prohibido... Y los modos de «sujetación» y «desujetación» a estas normativas sociales, junto con las referencias transgeneracionales que lo ligan a una genealogía, se irán constituyendo en garantes del proceso de construcción identitario.⁹

En este pasaje de siglo, los que ya contamos con varias décadas de edad hemos asistido a un período de caída de los grandes relatos de la modernidad y de instalación de un relato hegemónico neoliberal caracterizado por la lógica del mercado, que subtiende, a su vez, muchos de los pequeños relatos que componen el orden fragmentado actual. Esta característica, entre otras, condujo a Cornelius Castoriadis a pensar estos tiempos como una «época de con-formismo generalizado» (con-formismo = sujeción a una sola forma).

¿Qué sucede con los individuos que tras haber adherido a grupos e ideologías que tuvieron una fuerte presencia en tiempos muy recientes dejaron de tener esta insignia de valoración desde lo social?

Frente al rápido y radical desinvestimento, desde lo cultural, de lo que fueron hasta esos momentos los valores e ideales «a seguir», ¿no se

8 McDougall, J. (1994). «... Me gustaría proponer la siguiente idea: si el socius apunta fundamentalmente a la supervivencia social y la medicina, la supervivencia biológica; ¿el psicoanálisis no busca proteger, por sobre todo, la supervivencia psíquica del ser humano?...» ¿Qué valores para el psicoanálisis? Contrapunto sobre la ética y el psicoanálisis. *Zona Erógena*, 23; p. 23.

9 Puget, J. (1994). «... El conflicto ético se establece en el espacio intrasubjetivo entre el Yo y el Yo ideal e ideal del Yo. En el inter y transubjetivo el eje del conflicto es el reconocimiento de la presencia y lugar del o de los otros que imponen un límite...» Algunos problemas éticos del psicoanalista. Contrapunto sobre la ética y el psicoanálisis. *Zona Erógena*, 23; p. 25.

produce un colapso narcisista con implicancias no solo en la conflictiva intrapsíquica, sino también en los vínculos y en las configuraciones que adquiere el entramado social?

Por supuesto que acá habrá una amplia gama de repuestas y reorganizaciones psíquicas, pero muchas veces observamos cómo esos ideales enmascaraban aspectos referidos a un yo ideal. Oficiaban como soportes que aseguraban la adherencia a modos de funcionamiento narcisistas-sexuales arcaicos (duales) que, frente al derrumbe en el «afuera» de estos grandes relatos, dejaron al desnudo y librados al azar, o más bien a las nuevas formas valoradas, los aspectos pulsionales que lo cultural intenta regular y limitar.

El quedar por fuera de lo valorado, esto es, de los sistemas que el imaginario colectivo sostiene como fuentes de poder, provoca la reactivación a nivel intrapsíquico de mecanismos de defensa primitivos, como la vuelta contra sí mismo, la transformación en lo contrario y la desmentida patológica. Y en lo transubjetivo se provoca el retorno violento de los que han quedado «por fuera» del entramado social, es decir, de los que han sido «expulsados» por el sistema.

Es un problema en nuestra praxis lo que traen aparejado estos cambios de paradigma. En la actualidad, lo privado-íntimo-opaco ha dejado de tener ese aspecto valorado que supo poseer en la modernidad, y lo público-exhibido-transparente ha pasado a primer plano. De ahí que los *reality shows*, la «cultura de la imagen», han adquirido prestigio y protagonismo, así como diversas formas de intercambios sexuales entre las que se encuentran las prácticas «swingers», las parejas «abiertas», la búsqueda de partenaire de diferente o igual sexo a través de las redes sociales, la exhibición de múltiples tatuajes que offician de «segunda» piel en cuanto ocupan extensas superficies del cuerpo, etc.

¿Cómo nos ubicamos frente a estas nuevas estéticas de lo humano?

¿Qué repercusiones tiene en la mente del analista esta fragmentación del orden cultural en la que, junto con el megarelato imperante, se conjugan diversos microrrelatos que tienden a consolidar agrupamientos sociales de tipo tribal? ¿Y estos enunciados que desde lo social avalan el «todo está permitido», el «todo vale», el «hacé la tuya»?

¿Cómo posicionarnos en nuestro lugar analítico cuando la dramática que se despliega en las sesiones no solo está dando cuenta de una desmen-

tida de la alteridad, sino del deseo de arrasar-aniquilar al otro, al diferente, en su condición de sujeto de deseo?

¿Límites de la analizabilidad? ¿Límites del analista? ¿Límite de las «herramientas» conceptuales que utilizamos para trabajar con tal o cual situación clínica? ¿Límites del tipo de dispositivo establecido?

René Kaës (1995) plantea que en las situaciones de crisis se encuentra especialmente solicitado el funcionamiento a pleno del preconsciente del analista para prestarse como «puente» que posibilite un trabajo de ligazón representacional que favorezca la puesta de sentidos. Desde mi punto de vista este trabajo aplica también al análisis de su contratransferencia.

Es necesario que sus intervenciones operen como dique pulsional o membrana de paraexcitación, de modo que favorezcan la instalación y reactivación de dinamismos psíquicos que logren diferir la descarga pulsional directa contribuyendo, de esta manera, a sostener los pactos y alianzas de renuncia a la meta pulsional en cuanto condición de existencia de la vida en sociedad.

Pienso que frente a estas problemáticas la neutralidad suele perderse, en cuanto suspensión del juicio, pero no la abstinencia en cuanto evitar contraactuar lo que el/los paciente/s nos provocan/afectan.

A modo de finalización presentaré una viñeta con el objetivo de ilustrar alguno de los aspectos planteados cuando nos enfrentamos a las afectaciones propias de lo que denomino «mundos» *no compartidos*.

Quisiera destacar el fuerte impacto que produjo en mi persona la comunicación por el paciente de determinadas prácticas sexuales subrayando el intenso trabajo que tuve que realizar con mi contratransferencia para intentar rescatarme (al menos en parte) de la intensa movilización experienciada en el transcurso de esta consulta.¹⁰ Para eso fue necesaria la puesta «a pleno» de la función de ligazón representacional que propicia el trabajo del preconsciente, de modo que me permitiera interrogarme acerca de mis posturas ideológicas, junto con la búsqueda de referentes culturales que me ligaran a una ley simbólica organizadora y no arbitraria.

10 En la época en que esta consulta fue realizada el tipo de prácticas sexuales a las que va a hacer referencia mantenían aún su carácter de «novedosas» y «poco comunes». Todavía no habían ingresado en el ámbito de difusión y conocimiento público.

Asimismo ubicados en el lugar de analistas, creo que cabe la pregunta: ¿cuáles procesos o situaciones clínicas está cada uno de nosotros dispuesto a acompañar (por sus carencias y límites), y de qué modo para no violentar la dimensión ética del vínculo analítico?

VIÑETA CLÍNICA

Se trata de la segunda entrevista con un adulto, Rafael, de cincuenta años, profesional universitario, quien ya había consultado hacía muchos años por las dificultades que se le planteaban en aquel momento para reinserirse laboralmente luego del retorno a su país tras una década de permanencia en el exterior. En esta oportunidad dice consultar por «serias» dificultades de relación con su pareja actual.

R: (Con tono de voz fuerte pero sin compromiso afectivo.) *Lo que está ocurriendo me hace sentir muy mal, lo de presionarla también. Hay varias etapas desde que yo empiezo a notar este fenómeno y su empeoramiento: nosotros éramos muy pegotones, la pasión la llevábamos a todas las instancias y eso también en la cama. Ahí también se manifiesta una absoluta diferencia con las características históricas de nuestra relación; no es igual ni en la frecuencia, ni en la respuesta de Claudia (su mujer), ni en la intensidad con la que vive la relación. Eso es una manifestación muy inequívoca, entonces ahí hago el planteo de qué le está pasando. Al principio era negado por Claudia, a pesar de las puntualizaciones muy claras que le hacía de la forma en que me habla, que adjetivo de una frialdad formal... ella tiene que fingir para evitar mis reclamos. Finge y yo planteo que si no me necesita completamente, en una respuesta en todos los sentidos, para mí no tiene sentido continuar con la pareja. Mi impresión es que ya se agotó la expectativa de la relación conmigo y no hay el atractivo... yo tengo mis teorías de lo que está sucediendo... (Permanece en silencio.)*

A: Sus teorías...

R: (Con voz firme, mirándome fijamente como si «estudiara» mis reacciones.) *Nosotros tenemos una actividad sexual swingers. Estamos de acuerdo los dos en esta modalidad como forma de contribuir al apasio-*

namiento de la pareja, para que fuera rédito, que fuera en beneficio de la relación, que es el objetivo de la actividad swingers. Es compartir la sexualidad con otras personas, pero solo se participa en pareja y para beneficio, para que contribuya a las fantasías en el espacio íntimo de la relación. Claudia está buscando caminos de satisfacerse con otras personas y no conmigo, esa no es la regla de juego. Era un camino para acercarnos y ella en vez de acercarse se aleja. (Continúa su discurso dando detalles y características de esta actividad sexual y lo hace de una manera que parece un discurso «propagandístico» de los beneficios de este tipo de intercambios sexuales. Resalta lo que parece una forma de agrupamiento social, a modo de «gueto», con reglas y fundamentos muy específicos y delimitados en cuanto a su funcionamiento y a la selección de sus integrantes. Y va dejando entrever los desajustes, tanto en lo económico como en la cotidianeidad laboral y familiar, que venía produciendo en ellos el mantener su inclusión en estos grupos privados de «elite», que describe como pertenecientes a una clase socioeconómica de gran poder adquisitivo).

Voy quedando muy impactada, experimentando vivencias muy contradictorias que me descolocan de mi posición analítica. Por un lado escucho el discurso detallista de Rafael como una «invitación erotizante» a participar fantasmáticamente en ese escenario sexual-grupal. Percibo, también, una «invitación» a compartir y sumergirme con él en vivencias de mucho dolor y frustración. Me interrogo si estos aspectos, que se escenifican ahora crudamente, estaban ya presentes en la época de la primera consulta, y se lo digo.

R: *No era necesario traerlo acá, ahí eran solo fantasías esporádicas y la negativa rotunda de Claudia. Más adelante resurgieron con intensidad esas fantasías y las compartí con ella. Logré convencerla y todo iba bien, pero ahora se produjo una crisis de mi parte. Yo me sentí muy mal porque había tenido malas experiencias en un grupo, de ser rechazado. Y ahí apareció Claudia, esplendorosa, como una reina, mientras yo era rechazado por el resto* (su tono afectivo denota mucho enojo frente a lo que parece haber vivido como una fuerte afrenta narcisista).

A: ¿Cómo es eso del rechazo?

R: *Sí, el rechazo acerca de mi forma de participar en el grupo, de mi aspecto físico, mi obesidad, yo quedaba apartado del grupo. Y ahí yo le hago a Claudia el planteo de que prefería suspender la actividad swingers, porque yo quedaba aparte y ella era buscada por todos, no le importaba que yo me sintiera mal, ni siquiera se había dado cuenta... lo de ella era esa frialdad. Me dijo que iba a aceptar suspenderla porque sola no podía asistir, en esas actividades solo se puede estar en pareja, que ella había cambiado su cabeza, que quería seguir, que ahí se sentía bien, sobre todo con un matrimonio que conocimos en uno de los clubs. Lo suspendimos un tiempo y cuando yo estuve mejor físicamente, fijese, adelgacé como treinta kilos, retomamos la actividad swingers con plena conciencia y buena participación de los dos (acompañado de un gesto de exhibición de su físico que entraba en franca contradicción con la percepción de deterioro físico que tuve cuando lo reencontré). Es una actividad interactiva en donde cada uno vuelve con su pareja y no siempre se daba así. Ella no quería interactuar conmigo. Yo tenía mucha dependencia de Claudia, estaba atento de cómo era el desarrollo de su actividad. Yo la protegía y la cuidaba de que no le fuera a pasar nada y ahí empezó a estar distante de mí. No encontré que las fantasías que se generan a partir de esa actividad para alimentar la pasión sexual cuando estábamos los dos solos provocara en ella un acercamiento hacia mí sino que me encontré que evitaba estar a solas conmigo. Ella no supo utilizar como es debido la actividad swingers.*

Pienso: ¿cómo posicionarme y desde dónde escuchar e intervenir en esta trama discursiva?... No soy un «cura» ni una «monja» que deba «encauzarlo», ni un «juez» que tenga que darle un «veredicto». También tengo presente que trae al escenario analítico una forma de sexualidad grupal ajena a mis propias normas... me alerto del peligro de «entrar» en una actitud voyerista o en una «huida» defensiva.

Interrogándome acerca de mis propios prejuicios respecto a las formas de obtener placer sexual en la pareja, evoco, internamente, costumbres de la cultura guaraní. Hasta donde tengo entendido, los guaraníes convivían en agrupamientos comunitarios y la sexualidad poseía también estas características. Sus modos de relacionarse sexualmente formaban parte de los códigos de funcionamiento de su organización sociocultural. En este

contexto recuerdo el discurso de rebelión de un cacique frente a la actitud colonizadora de su pueblo por los españoles, quienes, además de despojarlos de sus tierras, pretendían imponerles sus normas morales cristianas monogámicas y despojarlos de sus deidades y tradiciones.

Me voy planteando internamente que el punto de inflexión, desde una escucha analítica, no consiste en centrarme en lo relativo a la modalidad sexual «aparentemente elegida», sino en la dificultad que muestra de, precisamente, poder elegir. Y desde ahí decido intervenir:

A: Parece que quisiera mantener, al mismo tiempo, los beneficios que para usted tiene una sexualidad de a dos —reclamando ser exclusivos el uno para el otro— y los beneficios de una sexualidad grupal... y no parece estar dispuesto a perder o a renunciar a algo... pero se encuentra con que, sea cual fuere la forma de intercambio sexual que elija, siempre queda algo faltante y eso lo enfurece y lo angustia...

Da detalles de cómo Claudia conoció a un hombre en esa actividad swingers y dice que ella quiere mantener una relación privada con él. Rafael le facilita el hecho de encontrarse, siempre y cuando él no quede excluido y pueda controlar la situación.

R: *Para mí Claudia entró en un proceso de adicción con este hombre por la intensidad con que lo busca y la frecuencia con que quiere tener el vínculo con él. No está permitido en las relaciones swingers involucrarse afectivamente con otro. Es para juntar la pareja, no para separarla.*

A: (Asociando con lo trabajado en el tratamiento anterior, le señalo). Quizás, esta vez, frente a la angustia que le provocaba la posibilidad de perder la ilusión de ser único y exclusivo, el uno para el otro, y hacer de dos personas una, aunque uno u otro quedara anulado en sus deseos singulares, o sometidos entre sí, ha atravesado «una delgada línea roja» y siente que está metido y entreverado en una situación que lo desborda, que lo confunde y que no se encuentra preparado para sostener...

Luego de realizar esta intervención me doy cuenta de que hice referencia al nombre y al contenido de una película dirigida por Terrence Malick que se

estaba exhibiendo en ese momento en Montevideo: *La delgada línea roja*. En ella se muestran crudamente los efectos de desobjetivación que provoca la situación de guerra en los soldados que están en el frente de batalla.

R: (Parece angustiarse pero sigue como «robotizado».) *Ella somatizó. Yo la cuidé. Pero ella no tenía límites dentro de la actividad grupal* (da detalles de lo sucedido con un tono que denota tanto un «enjuiciamiento» como un cierto goce en «mostrar» lo acontecido para pasar luego a enumerar las «bondades» de las actividades swingers)... *Es toda una filosofía mística, tiene un fundamento en una filosofía del sexo, se trata de una actitud mística respecto a la sexualidad...* (Me explica que en la creación del mundo Dios creó a Adán y a Eva para que pudieran tener todo el placer sexual posible. Se detiene explicando más aspectos de su interpretación del pasaje bíblico: señala que primero estuvo Eva y que luego Dios hizo a Adán para que gozaran juntos, sin límites ni restricciones.)

Pienso en lo significativo de que traiga tergiversado ese pasaje de la Biblia, en el que además la sexualidad es representada como el fruto prohibido y «Eva es creada a partir de la costilla de Adán». En este contexto evoco y comparto con él una reflexión de Umberto Eco (que había nombrado en reiteradas ocasiones en el período previo con admiración) en la que este plantea que mientras Adán estaba solo en el Paraíso no necesitaba de normas que regularan el encuentro con el otro, supuestamente podía hacer todo lo que quería, pero cuando Eva entró en escena se necesitó de una ética que les permitiera convivir y existir a ambos, sin quedar uno a merced del otro «... cuando el otro entra en escena nace la ética...».

Le planteo entonces si entre ellos no se ha venido instalando como norma el maltrato mutuo y el propio.

A modo de cierre, considero que en este ejemplo clínico cobra toda su vigencia la formulación freudiana de que *lo reprimido por excelencia es lo sexual...* y de que *cuando se levanta su velo sobreviene la angustia...* tanto en el paciente como en el analista. ♦

RESUMEN

Aludiendo por su opuesto al trabajo realizado por J. Puget y L. Wender (1982), «Analista y paciente en mundos superpuestos», la autora se referirá a las dificultades que se le plantean al analista cuando los pacientes manifiestan conflictivas resultantes de su sujeción a mundos y códigos que no solo le resultan ajenos y desconocidos en cuanto a sus funcionamientos y normas, sino que además entran en franca contradicción con sus propios valores e ideales. Son situaciones clínicas que interpelan, a su vez, la dimensión ética de nuestra praxis.

Estos relatos y presentaciones, al igual que los provenientes de la zona común compartida, tienden a producir una reacción traumática en el analista cuyo efecto se traduce en ambas situaciones en una tendencia a «salirse de la transferencia». Desde esta perspectiva se pregunta si lo que nomina en este artículo «*mundos*» *no compartidos* puede considerarse, al igual que el concepto de «mundos superpuestos», «un momento de eclipse analítico».

El analista ha quedado sorprendentemente fragilizado en su escucha dada la intensidad de las reacciones emotivas y sensoriales que el discurso de su paciente ha convocado en él. Frente al abandono transitorio de su función analítica se pondrán en juego sus posibilidades y recursos internos para, mediante un intenso trabajo con su contratransferencia, lograr recuperar su capacidad de pensar. Necesario e imprescindible trabajo con la contratransferencia que, si bien es uno de los pilares esenciales del método analítico en general, cobra especial relevancia en el contexto de las situaciones clínicas que hoy nos ocupan.

Acompañando los planteos de René Kaës (1995), se plantea que en las situaciones de crisis se encuentra especialmente solicitado el funcionamiento a pleno del preconsciente del analista al ser imprescindible que se preste como «puente» para un trabajo de ligazón representacional que favorezca la puesta de sentidos. Y este trabajo estará dirigido también al exhaustivo análisis de su contratransferencia en la dinámica misma del campo bipersonal.

A modo de cierre, se comunica un ejemplo clínico en el que recobra plena vigencia la formulación freudiana de que lo reprimido por excelencia es lo sexual... y de que cuando se levanta su velo sobreviene la angustia... tanto en el paciente como en el analista.

Descriptor: ÉTICA / SEXUALIDAD / PERVERSIÓN / CONTRATRANSFERENCIA / ESCUCHA / ENCUADRE /

ABSTRACT

Alluding to its opposite Puget, J. and Wender, L, article done by on «Analyst and Patient in overlapping worlds» (1982), the author refers to the difficulties faced by the analyst when patients manifest conflict resulting from their «subjection» to worlds and codes that are foreign and unknown to the analyst in their functioning and standards, as well as directly conflicting with his own values and ideals. These clinical situations also challenge the ethical dimension of our practice.

These stories, as well as those from the shared common area, tend to produce a traumatic reaction in the analyst, which results in a tendency to «get out of the transfer». From this perspective, it is questioned if what this article calls unshared worlds could be considered as what «overlapping world» calls a «moment of analytic eclipse».

It is considered that, facing the temporary cessation of the analytical positioning, opportunities and internal resources will be at risk for the analyst. Through intensive work with his counter-transference, he can recover his ability to think, having been suddenly weakened in his role because of the intensity of emotional and sensory reaction to the patient's speech. It is both a necessary and essential to work with the counter-transference, which, in spite of being one of the essential elements of the method, is particularly relevant in clinical situations nowadays.

Following the proposals of René Kaës (1995) it is stated that in crisis situations the analyst's preconscious is specially demanded, being indispensable for a representational binding that favors the senses. This work also comprehends the thorough analysis of countertransference in the dynamics of the bi-personal field.

To conclude, a clinical example is provided, in which Freud's affirmation that the quintessential repression is sexuality... and when its veil is lifted anguish arises... both in the patient and in the analyst.

Keywords: ETHICS / SEXUALITY / PERVERSION / COUNTERTRANSFERENCE / SETTING /

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bleichmar, S. (2001). *La construcción del sujeto ético*. Buenos Aires: Paidós.
- (2003). Del polimorfismo perverso al sujeto de la ética. *Revista Actualidad Psicológica*, 30.
- Castoriadis, C. (1994). Miseria de la ética. Contrapunto sobre la ética y el psicoanálisis. *Zona Erógena*, 23.
- Eco, U. & Martini, C. M. (1998). *¿En qué creen los que no creen? Un diálogo sobre la ética en el fin de milenio*. Buenos Aires: Planeta.
- Kaës, R. (agosto 1995). El grupo y el trabajo del preconscious en un mundo en crisis. *Congreso Internacional de Psicoterapia de Grupo*. Buenos Aires.
- McDougall, J. (1994). ¿Qué valores para el psicoanálisis? Contrapunto sobre la ética y el psicoanálisis. *Zona Erógena*, 23.
- Pavlovsky, T. (1994). La ética del cuerpo. Contrapunto sobre la ética y el psicoanálisis. *Zona Erógena*, 23.
- Puget, J. & Wender, L. (1982). Analista y paciente en mundos superpuestos. *Psicoanálisis*, 6(3).
- Puget, J. (1994). Algunos problemas éticos del psicoanalista. Contrapunto sobre la ética y el psicoanálisis. *Zona Erógena*, 23.
- Rebellato, J. L. (1995). *La encrucijada de la ética*. Montevideo, 2.ª ed. (2000). Nordan-Comunidad del Sur.